MISERABLES Y LOCOS

MEDICINA MENTAL Y ORDEN SOCIAL EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

.....

FERNANDO ÁLVAREZ-URÍA

PRÓLOGO DE ROBERT CASTEL
EPÍLOGO DE GUILLERMO RENDUELES

DADO EDICIONES

inédita nº 5

ISBN: 978-84-121232-2-7
Depósito Legal: M-25241-2020
Materia IBIC: JF - JHB - HBTB

© 2020 Dado Ediciones
© 2020 nueva edición del libro, Fernando Álvarez-Uría
© 2020 del prólogo, Robert Castel
© 2020 del epílogo, Guillermo Rendueles
Edición original en Ed. Tusquets, Barcelona, 1983

Título original: *Miserables y locos. Medicina mental y orden social en la España del siglo XIX*
Autor: Fernando Alvarez-Uría
Prólogo: Robert Castel
Epílogo: Guillermo Rendueles

Colección: inédita nº 5
Primera edición: octubre 2020
Maquetación: Dado Ediciones
Diseño de cubierta: Pablo Garayzar y David Domínguez
Tipografía: Lovelo, diseño de Hans Rezler, Myriad y Adobe Garamond

Imagen de cubierta: *Philippe Pinel en La Salpêtrière liberando de sus cadenas a una paciente*
Título original: *Philippe Pinel à la Salpêtrière*
Autor: Joseph-Nicolas Robert-Fleury (1876)
Localización: Hôpital de la Salpêtrière (París)

Ediciones DADO
C/ Suecia, 100, 2
28022 Madrid
dadoediciones@gmail.com
www.dadoediciones.org
Producción gráfica: Gráficas de Diego

ÍNDICE

Prólogo, de Robert Castel 5
Introducción 15
Gobierno político de vagabundos y pobres..... 25
Poder médico e institución manicomial 79
De la peligrosidad social a la tutela moral 159
El crimen y la locura 227
Medicina mental y reformismo social 305
El amanecer de un nuevo imperio 385
Epílogo, de Guillermo Rendueles 457

INTRODUCCIÓN

Cuando Marx empezó a analizar, en términos de lucha de clases, la formación social capitalista, percibió la necesidad, a la vez teórica y política, de desentrañar los mecanismos que hicieron posible su proceso de constitución. El materialismo histórico supuso sin duda una ruptura con el modo de pensar dominante en la época y abrió la vía a nuevos campos de disección, comprensión y transformación de las formaciones sociales. Sin embargo, Marx centró sus trabajos fundamentalmente en los modos de producción y en las formas de explotación económicas. Más tarde, el famoso catecismo de Stalin, que sirvió durante muchos años de libro de cabecera a los seguidores del marxismo, afirmaba taxativamente que «la historia del desarrollo de la sociedad es, ante todo, la historia del desarrollo de la producción, la historia del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción entre los hombres».[1] A partir de esta concepción *científica* de la historia, todos los que estaban interesados en el conocimiento de los mecanismos de dominación se vieron obligados a extraer de las condiciones económicas la *verdad* profunda del campo que pretendían analizar.

La historia nació a la sombra de los mantos de armiño de los reyes. Los cronistas reales, lacayos del soberano, levantaban entonces acta fotográfica de los gestos majestuosos de los monarcas. Coexistía con esta historia oficial la rememoración de los sucesos, las batallas, las capitulaciones, los hechos inolvidables y los cataclismos inexplicables. Historia-crónica e historia-contingencia se

1. J. Stalin, *Matérialisme dialectique et matérialisme historique,* París, 1971, pág. 25 (edición original 1938). [Ed. en cast.: S*obre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico*, Omegalfa, s/f].

vieron relegadas al oscuro baúl de la ideología por la llamada historia-social que, orgullosa de su verdad y segura de su cientificidad, pretendía dar cuenta de todo el proceso histórico sirviéndose de la memoria del pasado para poner en evidencia los progresos del presente, el cual, por ley de evolución histórica, estaba llamado a servir de puente a un idílico futuro. Desde entonces, muchos son los manuales que se han escrito sobre el desarrollo económico de nuestra formación social; conocemos las coyunturas alcistas, las subidas de precios y salarios, las épocas de depresión en las que los historiadores dialécticos —los únicos capaces de descifrar los jeroglíficos ocultos de la infraestructura— perciben los detonantes de la insurrección. Sabemos todo esto y, según parece, muchas más cosas, pero siguen existiendo espacios malditos excluidos de los manuales universitarios y de las historias progresistas o conservadoras, porque en ellos se grita con demasiada violencia la verdad y la vergüenza de nuestras sociedades de liberalismo avanzado. Nuestra ignorancia, por ejemplo, es prácticamente total en lo que se refiere al proceso de constitución y transformación de esos baluartes de la Razón situados a orillas de las grandes ciudades en donde se apaga la voz ronca de la locura. Fenómeno irrelevante, se dirá; efecto superestructural derivado de la alienación económica que no precisa de ulteriores análisis; tema marginal y sin importancia alejado de las grandes rutas que marcan los grandes pasos de la historia; moda pequeño-burguesa con la que se pretende confundir a las masas presentándoles falsos espejismos que la alejan de su misión revolucionaria... Semejantes reacciones desafortunadas, o simplemente el desprecio del silencio, pudieron acoger, en 1961, a *La historia de la locura,* pero el gran auge de la antipsiquiatría, las luchas en los hospitales psiquiátricos, los colectivos de psiquiatrizados y la profundización teórica y política en las discusiones que protagonizaron todos los que hoy se encuentran comprometidos en una transformación liberadora de

este campo social han invalidado —esperemos de una vez por todas— semejantes denuestos lanzados en nombre del marxismo. Pero las cosas no se han detenido aquí. En estos últimos años, la reflexión, la actividad silenciosa y las transformaciones poco espectaculares han seguido la ruidosa moda de la antipsiquiatría. Entre las contribuciones teóricas decisivas figura sin duda *El orden psiquiátrico* de Robert Castel en donde se demuestra, con un rigor tan intachable como implacable, que el nacimiento de la psiquiatría y la gestión médica del problema de la locura, lejos de ser un fenómeno marginal y secundario, supone una innovación decisiva desde el punto de vista político y social, así como el inicio de una modalidad científica de tutela de las poblaciones que no ha cesado de agrandarse hasta nuestros días.[2]

Un análisis del campo psiquiátrico que no pretenda convertirse en repetición mecánica de la teoría de la alienación, o que no se reduzca a repartir a derecha e izquierda la etiqueta estéril de la descalificación ideológica, deberá rastrear con la mayor precisión posible las condiciones de constitución de dicho campo, demarcar su radio de acción, sus transformaciones, mostrar cómo se definen sus agentes, los efectos políticos de sus prácticas, las líneas maestras en las que se prefiguran las posibles innovaciones...

En esto se resume el programa del presente trabajo. Frente a la concepción imperialista de la historia concebida como carta de marear de los gobernantes que, en borrascas pasadas o en prósperas navegaciones, reconocerán los nuevos rumbos de su reinado, frente a la historia económica, excesivamente ligada a la desterritorialización de la masa monetaria y a un pueblo sin tierra que camina por el desierto del capital hacia la tierra prometida, él análisis se focalizará aquí en la vanidosa y a la

2. Robert Castel, *El orden psiquiátrico, la edad de oro del alienismo,* Madrid, Ed. de la Piqueta, 1980.

vez sobria república manicomial en donde el poder médico ha fabricado técnicas de fijación, reterritorialización, aislamiento y transformación de grupos sociales convirtiéndolos en sujetos sometidos. Descubrir la gestión del poder psiquiátrico y los avances de sus conquistas no tiene simplemente por objeto poner en evidencia la miseria de su pasado, sino también y sobre todo, contribuir a explicar el presente, permitiendo así poner en cuestión programas futuros.

Si fuese preciso resumir este proyecto de trabajo en una hipótesis central, esta podría formularse así: la medicina mental constituye el inicio de una experiencia sociopolítica que consiste en aplicar *la ciencia* a la dirección de los hombres para evitar la guerra social, construir la armonía y generar un nuevo sistema social basado en la soledad vigilada de los individuos. Nos dirigimos hoy hacia la era de las muchedumbres solitarias e insolidarias. Pero estas mayorías silenciosas, a cuya sombra se cobijan con frecuencia los especuladores de ficciones, no han sido abandonadas a su suerte; han sido materialmente constituidas, tratadas y dirigidas por diferentes especialistas de gobierno. Una de las importantes innovaciones del siglo XIX ha consistido precisamente en la emergencia de teorías de ingeniería social, de técnicas *científicas* de sometimiento de masas, entre las que se encuentra la ciencia psiquiátrica. Y es que, en el mismo momento en que Marx definía al proletariado como el portador de la filosofía alemana, el loco, definido médicamente y tratado en un establecimiento especial por una medicina también especial, va a servir de punta de lanza para la confección de programas políticos destinados al control del propio proletariado. En realidad, la descalificación e invalidación de las producciones culturales de las clases populares venía de lejos. El sagaz tratadista Saavedra Fajardo afirmaba ya en sus *Empresas políticas* que «el pueblo, con la misma ligereza que se alborota, se aquieta. Ni en lo uno

ni en lo otro obra la razón. Un impulso ciego lo arrebata y una sombra vana lo detiene. Todo consiste en saber coger a tiempo su furia». Pero, para evitar su furia, lo mejor no es sofocarla, sino preverla y detenerla antes incluso de que se desencadene. De ahí que Saavedra proponga, ya en el siglo XVII, una solución política que luego la psiquiatría sabrá elevar a principio científico: «El remedio de la división es muy eficaz para que se reduzca el pueblo, viendo desunidas sus fuerzas y sus cabezas».[3] A los programas de inmovilización física y territorial sucedieron, en tiempos de la *movilización general,* otros métodos también materiales y además, psicológicos.[4] Como afirmaba Saavedra, la ciudad de El Cairo fue repartida en barrios distintos, separados entre sí por fosos que impedían las juntas del pueblo; de igual modo la floreciente república veneciana obstaculizaba con sus canales las rápidas reuniones de las muchedumbres, lo que constituía una defensa para sus ricos comerciantes y aristócratas; pero, en el siglo XIX, además de reestructuraciones urbanísticas del espacio, se levantaron barreras morales, fosos psicológicos que intentaban asimismo hacer abortar los lazos de solidaridad de clase.

El presente trabajo intenta trazar el tránsito que va desde la policía de la pobreza hasta las cárceles del alma y contribuir así a poner al descubierto las redes psicológicas que se ciernen, cada vez más tupidas, sobre las poblaciones actuales. El objeto no es tanto conocer un olvidado pasado cuanto apuntar hacia el presente para comprenderlo y, en consecuencia, contribuir a transformarlo. Lejos de desentrañar un pasado desconocido, o llenar

3. J. Diego Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político y cristiano representada en cien empresas,* Madrid, 1724, pág. 487 y ss. (publicada por primera vez en 1640, esta obra conoció más de treinta reimpresiones nacionales y extranjeras).

4. Sobre la movilización civil y militar que supuso la industrialización, puede verse la inteligente obra de Jean Paul de Gaudemar, *La movilización general,* Madrid, Ed. de la Piqueta, 1982.

una laguna en la historia de la Medicina española desde posiciones menos hagiográficas que las adoptadas por los médicos que suelen escribirlas, se pretende enlazar y entroncar con todos aquellos —psiquiatrizados, psiquiatras, sociólogos y grupos sociales— que han comprendido que, en la locura y en torno a ella, está planteado un debate y una lucha política indiscutible.

> «La cuestión de la *salud mental* atraviesa todos los niveles de nuestra posición social. No tanto por el número de personas aquejadas de trastornos psíquicos, por la creciente incidencia de sufrimiento psicológico, como por los problemas que plantea a diversas instancias constitutivas de la estructura social. Más todavía, el fenómeno de la locura —evidencia de una subjetividad fuera del horizonte de la conciencia— cuestiona en sus raíces el pensamiento de nuestra época, introduciendo categorías inasimilables para el orden lógico que lo sustenta».[5]

A partir de los años 70, la sanidad empezó en España a sufrir importantes modificaciones y reestructuraciones. Es entonces cuando tuvieron lugar las grandes movilizaciones de estudiantes de medicina, médicos internos y residentes, personal sanitario y enfermos. Movilizaciones de distinto signo y racionalidad que, por vez primera en la historia de la Medicina mental española, adoptan de forma decidida un marcado carácter de crítica política. En Oviedo, Conxo, Barcelona, Valencia, Madrid y otros lugares, el problema de la locura es lanzado a la calle como un reto que pone en cuestión no sólo la llamada marginación manicomial, sino también todo el sistema franquista.[6] De estas

5. Manuel Desviat, «Las herramientas del cambio psiquiátrico. Entre la integración y ruptura», en la obra colectiva *La transformación de la Asistencia Psiquiátrica,* Madrid, Ed. Mayoría, 1980, pág. 693.

6. Sobre los conflictos, véanse los trabajos de José García González en la obra colectiva citada, libro de capital importancia, ya que recoge por vez

luchas con la Administración surgen nuevas tentativas, nuevas búsquedas. En el momento presente, grupos y partidos políticos comienzan a perfilar sus alternativas sanitarias en las que ocupa un lugar importante la alternativa psiquiátrica. Aún más, la sectorización psiquiátrica es presentada por el Gobierno, en los actuales proyectos de ley, como el modelo sanitario a seguir. La pretendida psiquiatrización de la sociedad parece inseparable de la medicalización generalizada. Pero el proceso de la expansión psiquiátrica no es de hoy, es coetáneo a su misma constitución. Analizar este proceso, realizar un balance de sus logros, poner en evidencia sus efectos políticos es, pues, una necesidad inscrita en las condiciones de nuestro presente.

---

primera numerosas contribuciones, todas ellas críticas, de miembros de la Asociación Española de Neuropsiquiatría. Como en Francia e Italia, en España las reformas progresistas de la asistencia psiquiátrica han partido en general de psiquiatras relacionados con la institución manicomial, mientras que los psiquiatras de las clínicas privadas hacían en general —y hacen— su agosto gracias al lamentable estado de los manicomios.